



El 1 de junio Papadopoulos proclamaba la República en Grecia y se erigió en su Presidente.

GRECIA, EN LA TRAMPA DE LA REPUBLICA

JUAN ALDEBARAN

El Rey Constantino de Grecia puso en marcha en 1967 unas fuerzas de extrema derecha que luego, como el aprendiz de brujo de la fábula, no pudo dominar, y han terminado con la proclamación de la República, seis años después.

En el mes de abril, en medio de un clima pasional y difícil, el Rey designó primer ministro a Canelopoulos, jefe del partido de derecha ERE, a pesar de su condición de minoritario, en lugar de nombrar al anciano Papandreu, dirigente de una izquierda moderada (pero se le acusó de comunista), a quien correspondía el encargo de formar gobierno. El Rey se colocó en una situación anticonstitucional. Las inmediatas elecciones deberían, en todo caso, decidir la situación, pero el Rey se rodeó de una gran junta dispuesta a intervenir por la fuerza en caso del triunfo electoral de la izquierda. Una "pequeña junta" estaba al servicio de la grande. La había formado un jefe del servicio de información, el coronel Papadopoulos: es él quien ahora se proclama presidente de la república y destrona a Constantino. El 12 de abril se disolvió la Cámara. Y el 21 se produjo el golpe de Estado que impidió la celebración de las elecciones. Comenzaron a funcionar los sistemas de represión. Campos de concentración —la isla de Yaros—, cárceles, exilios... El Rey permaneció silencioso hasta el 26 de abril, y ese día anunció de una manera espectacular su aprobación y su aceptación del golpe de Estado. Durante todo el verano continuó la represión, que no se detuvo en la izquierda: alcanzó a la derecha. Y a los diplomáticos, los militares, los periodistas. En agosto, un decreto concedía más poderes a Papadopoulos. Y la prensa estaba fuertemente censurada, el Parlamento disuelto, los partidos políticos prohibidos. En octubre se conoció el nuevo proyecto de constitución: los poderes reales aparecían notablemente disminuidos. El 13 de diciembre, el Rey reaccionó: salió de Palacio, se fue a Larissa y, desde allí, anunció que asumía todos los poderes, militares y civiles: era el "contragolpe". Pero no le siguió nadie. El pueblo no se alzó en defensa de una monarquía de la que desconfiaba ya y las fuerzas armadas se mantuvieron al lado de Papadopoulos. Al día siguiente, el Rey anunció que desistía de sus propósitos —la marcha sobre Atenas— para "evitar la efusión de sangre" y partió al exilio, en Roma.

Un curioso exilio. Constantino seguía siendo Rey y recibiendo su asignación —un millón de pesetas al mes, que ahora le ha sido suspendido—. Entre Roma y Atenas se estuvieron manteniendo negociaciones sobre las posibles circunstancias de un retorno real. ¿Por qué no proclamó la República Papadopoulos en ese momento? Porque su poder no estaba bastante consolidado todavía. Temía una retrac-

ción del extranjero, temía que los generales monárquicos se le volvieran en contra y esperaba que, con el tiempo, Constantino aceptaría sus propias condiciones y quedaría en una situación parecida a la de Víctor Manuel con Mussolini.

Desde mediados de este último año, una relativa agitación ha aparecido en Grecia. Se atribuyó a unos marinos retirados el intento de dar un golpe de Estado monárquico. Se habló de un complot. Papadopoulos detuvo a los generales Vardoulakis y Panurgias, y al general retirado Fetidis. Un navío de guerra se refugió en Italia: su comandante y la mitad de su tripulación pidieron asilo político y denunciaron la dictadura. Nada tuvo, en realidad, demasiada importancia, nada amenazó, en ningún momento, la existencia del régimen. Se ha dicho, incluso, que todo fue obra de los servicios especiales, en los que Papadopoulos tiene tanta experiencia —fue adiestrado en los Estados Unidos—, en forma de provocación, para llegar al fin propuesto: la proclamación de la República. Una "república presidencial parlamentaria", según el anuncio de Papadopoulos el 1 de junio. Podrá ser una república parlamentaria sin parlamento, como hasta ahora fue una monarquía sin rey.

Papadopoulos ha anunciado un referéndum "en el plazo de dos meses" para que el pueblo pueda ratificar o denegar esta proclamación. Mal principio. El referéndum debía haber sido convocado antes de la proclamación, y la república debía haber sido proclamada o no según el resultado del referéndum. Este, si llega a llevarse a cabo —y

no hay razón ninguna para suponer que no: en las actuales condiciones políticas de Grecia, un referéndum da siempre el resultado que desea el poder— se verificará sobre un hecho consumado. Ya se derriban escudos y coronas y aparece en su lugar el nuevo emblema de la República Griega —un ave fénix que renace de sus cenizas—, ya Papadopoulos es presidente y ya el Rey es el ex Rey.

En cuanto al Parlamento, Papadopoulos anuncia que podrán celebrarse elecciones según la constitución a finales de 1974. La Constitución es de 1968 y tenía la condición de que sus cláusulas consideradas como democráticas —entre ellas, el régimen parlamentario y las elecciones generales, aunque con numerosas condiciones restrictivas— quedaban en suspenso desde antes de entrar en vigor. Varias veces se han anunciado las elecciones como inminentes, pero nunca se celebraron. Ahora, Papadopoulos explica que el obstáculo estaba en la monarquía, en la oposición del Rey Constantino. Parece así como si la única oposición de Constantino que hubiese sido respetada por los golpistas fuese la antidemocrática, cuando precisamente a partir de su exilio el joven Rey se ha revestido de la personalidad de defensor de la democracia.

La oposición, en el exilio y en la clandestinidad interior, ha estado siempre dividida. La proclamación de la República aumenta sus dificultades. Las dificultades que han encontrado hasta ahora para elaborar un programa común se envenenarán aún más por la cuestión real. Las izquierdas no querrán sumarse a un programa en el que figure co-

mo primordial la restauración del Rey; las derechas, los monárquicos, no querrán sumarse si, precisamente, esta restauración no figura como determinante de los futuros cambios políticos. Por otra parte, Papadopoulos tiende a restar de la oposición a muchos elementos inconformistas, pero no decididamente políticos, ofreciéndoles un régimen más liberal y más abierto tras la eliminación del Rey. Es decir, abre un nuevo campo de espera hacia otra situación, como ha sido siempre su estrategia de gobierno: dar a entender que las actuales dificultades e incomodidades eran solamente pasajeras y provisionales. Se habían agotado los pretextos para seguir posponiendo esas medidas: la proclamación de la República, con su referéndum de reforma constitucional y sus elecciones parlamentarias para finales de año permite a estos cómodos inconformistas el arreglo de conciencia de seguir esperando.

Quizá el malestar de Grecia venga del profundo devenir histórico, de los siglos de decadencia y desgracia. Esta es la tercera República que se proclama en siglo y medio; restauraciones y destronamientos indican las fórmulas intentadas vanamente para resolver males que no dependen estrictamente de la forma de gobierno. Tampoco esta es su primera dictadura de tipo fascista: la de Metaxas, aceptada por el Rey Jorge II, duró desde 1936 hasta 1941, y terminó con la ocupación alemana.

Desde un punto de vista estrictamente contemporáneo, el malestar de Grecia procede del final de la segunda guerra mundial y de su posición clave en el Mediterráneo. En 1944 la resistencia de izquierdas fue eliminada, con combates que duraron años, primero, por las tropas británicas; luego, por los Estados Unidos, que enviaron allí su primer cuerpo expedicionario de la posguerra. La "doctrina Truman" de 1947, en la que se decía que "los Estados Unidos ayudarían a los pueblos libres que se resistían a ser dominados por minorías armadas o presiones exteriores" estaba hecha para Grecia, y comenzó con 400 millones de dólares votados por el Senado para esta acción, que terminó con deportaciones y matanzas, y sobre esta acción se restableció la monarquía de Jorge II, al que sucedió Constantino. El miedo a que un neutralismo pudiese desajazar a Grecia de la alianza atlántica, siguiendo el ejemplo que acaba de dar en Francia el general De Gaulle, hizo que los Estados Unidos —la CIA— ayudasen al golpe de Estado de Papadopoulos, que se dio con tanques, armas y planes estratégicos de la OTAN. Grecia sufrió, y sufre aún, de su condición geográfica, de su existencia como país fronterizo en la guerra fría, y a ella pertenece todavía este episodio de la proclamación de la República.